



EL CANTAR DEL ROMERO

ESTAMOS en una época inclinada á la máxima que expresaba bien D. Diego Hurtado de Mendoza al comenzar una epístola, diciendo:

El no maravillarse, hombre, de nada,
me parece, Boscán, ser una cosa
que basta á darnos vida descansada.

Parece ser que en las más altas regiones del pensamiento, allí donde habitan los que á sí mismos se llaman hombres superiores, es de mal tono el entusiasmo por las obras humanas... ajenas.

En nuestra España literaria, aunque no estamos á tales alturas intelectuales, eso de no admirar lo que escribe el vecino, lo sabemos hacer á las mil maravillas.

A mí me han censurado mucho por ser claro con los poetas y prosistas malos; pero estas censuras vienen del vulgo. ¿Sabe el lector lo que me critican muchos hombres de talento? El entusiasmo por nuestras notabilidades cierta.

Más de uno me ha dicho:—«¿Pero de veras le gusta á usted Campoamor, ó Galdós, ó Valera tanto como dice?»

Además de esta frialdad de buen tono, hay otra tendencia, que ni por vía de antífrasis me atrevo á llamar bien entonada; hablo de la tendencia miserable á depreciar el ingenio con canas. No venerar á los ancianos es el pecado más grosero, la degradación más repugnante de un carácter; no venerar el genio de un anciano, es argado sobre argado, como Sancho diría.

Y este vicio es muy frecuente; la ingratitud, que tiene tantas formas, también tomó esta: se olvida y hasta se menosprecia con placer al que ha causado delicias de las más puras á nuestro corazón y á nuestra fantasía. Además, la envidia sabe esperar años y años; y si tuvo que callar allá en la época de los grandes triunfos, cuando la gloria del genio brillaba como el sol, siempre confía en la noche, en la desilusión de todo, y vuelve á asomar la cabeza cuando cree llegado el ocaso.

No es afán de ser Jeremías á troche y moche; es resultado de la observación propia lo que estoy diciendo. A muchos literatos he oído hablar de Zorrilla, encogiendo los hombros, sonriendo con cierta lástima hipócrita: en vano disimulaban el placer con que le contaban entre los muertos. Según ellos, «Zorrilla ¡oh! había sido el gran poeta español del siglo diecinueve... del año cuarenta y tantos. Pero ahora ya, preciso era con-

fesarlo... en secreto por supuesto; ya no era ni su sombra.» Y el que hablaba así, gozaba, gozaba *como un condenado*, al pensar que ya no había ni sombra de Zorrilla. ¡Y he encontrado tantos miserables de estos!

Zola, en su última novela *L'œuvre*, inventó una figura sombría, que es el símbolo de esas terribles envidias que explotan el tiempo. Un pintor octogenario, jefe de una escuela, genio que deslumbró algún día á París, huye ahora del mundo que le olvida, y se encierra con sus aves de corral, como para salvarse de un diluvio, ya débil el juicio, con los terrores de la misantropía; y si le hablan de su gloria pasada refunfuña, tiembla y rechaza al enemigo que evoca sus tormentos. El gran pintor chocho ya no recuerda su grandeza, sino los dolores terribles que le causó después la ingratitud de varias generaciones.

Zorrilla, lo mismo en sus confidencias que en muchos de sus escritos en prosa y en verso, ha mostrado más de una vez la llaga que lleva en el costado; suele quejarse, sin declamaciones, despreciándose á sí mismo, de esta España que le adoró un día y que tantos días le ha tenido... peor que enterrado, como un cadáver insepulto. Lo decían todos los revisteros: «Zorrilla ha muerto literariamente; está ahí, pero no es él.» Las almas pequeñas siguen en todo la moda con un fervor miserable. El culto de la actualidad es la idolatría más ruín que ha inventado el hombre. En literatura, los que no admiran más que el género ó la escuela triunfante,

la tendencia que predomina, son unos miopes, que además son algo malvados.

Hubo un día en que todas las pequeñeces del alma que contribuyen á enterrar en vida al genio se condensaron en la política, su forma más propia, tomaron carne y... pero no hablemos de eso.

En 1882, Zorrilla vivió algunas semanas en Asturias, y así como

La abeja la flor
le chupa al romero
zumbando en redor,

el poeta castellano de las tristes llanuras sintió de repente y acertó á cantar toda la poesía que flotaba en aquellas brumas, sin encontrar una lira en cuyas cuerdas vibrara, y aspiró aquella poesía para sacarle la miel y depositarla en una leyenda, á la que poco le falta en muchos conceptos para ser digna hermana de los cantos del Trovador; y en algún concepto no le falta nada.

Asturias, sin disputa la región más hermosa de España, la más pintoresca y la más poética, no ha tenido pintores ni poetas. Campoamor no es asturiano más que de nacimiento. Es un asturiano del cual puede casi decirse que no ha estado en su tierra. Por lo menos el poeta de las doloras jamás ha cantado á su país. Sólo una *cosa de su tierra* aparece en sus versos con dulcísima

poesía: el recuerdo de su madre. Campoamor raras veces pinta la naturaleza; y cuando lo hace, es sólo como *escenógrafo*, para colocar en su cuadro, como figura que lo eclipsa todo, al hombre, mejor, al alma.

Por eso se puede decir, sin ofender á nadie, que Asturias, tan poética, no tiene poetas. Porque tampoco se puede contar á Jovellanos... ni al Sr. Pando y Valle.

Zorrilla, ya viejo, muy cansado, llega á la costa asturiana, y no á la parte más pintoresca por cierto, y á los pocos días deja á su huésped, como las hadas de los cuentos, una recompensa de la noble hospitalidad: un poema asturiano.

¡Qué melancolía tan verdadera hay en aquellos versos en que, después de pregonar las grandezas de esta tierra que visita en sus últimos años, dice el poeta:

Yo he llegado tarde aquí;
ya mi inteligencia vaga
con la oscuridad se apaga
de los años que viví.

No puedo ya en las pavesas
del viejo romanticismo
animar para mí mismo
sus baladas montañesas...

Tiene esto algo de la muerte de Moisés á la vista de la Tierra Prometida.

Pero si Zorrilla no puede dar á la tradición asturiana y á la belleza de aquel suelo todo el vigor de la musa que cantó el Cristo de la Vega y Margarita la Tornera,

todavía puede, por un milagro del ingenio, tal vez en parte por influencia de la poesía ambiente, describir con todos los primores de su locución poética, sin rival en el mundo por la facilidad, docilidad y afluencia, un maravilloso paraje de la costa asturiana, y narrar una dulcísima leyenda del país de Llanes.

La narración del *Cantar del Romero* no es vulgar, es sencilla; lo vulgar no es lo que se populariza, sino lo que se encanalla. A una observación muy superficial, podrá parecer la leyenda de Zorrilla una antigua-lla romántica, inocente y falsa; pero sin ser lince se puede ver que aquel romanticismo tiene toda la verosimilitud que nace de un sentimiento sincero y profundamente humano. Lo fantástico, lo sobrenatural é imposible del *Cantar del Romero*, están en la máquina, en el aparato épico, no en las ideas, ni en las pasiones, ni en las costumbres, ni en los caracteres. Ha dicho un filósofo de la historia que en esta es preciso tomar en cuenta el elemento maravilloso, no por lo que tiene de sobrenatural, sino por lo que supone de humano. Es verdad; hoy la mitología comparada es uno de los estudios más positivos. En el *Cantar del Romero*, lo maravilloso es símbolo de ideas muy reales y de poesía purísima.

Como no se trata de adular á quien tiene asegurada la gloria desde antes de nacer nuestra generación, no hay para qué negar que las narraciones no siempre están á la altura de la descripción; pero si á veces se

encuentran incorrecciones en el verso como tal, y en el lenguaje en cuanto forma poética; si hay locuciones sobrado prosaicas, algunas durezas en el ritmo, estos defectos no abundan, y en cambio abundan las bellezas del mismo orden, los versos que son dechado de gracia, armonía, facilidad, sencillez y dulzura, la agilidad y espontaneidad asombrosa de la dicción poética. Como en sus mejores tiempos, Zorrilla se muestra aquí el poeta sin rival para decir lo prosaico en forma de poesía intachable. Esto es lo general; la excepción, el descuido. A veces, en los pasajes de secundario interés, donde la acción adelanta sin intervención de lo dramático ni de los arranques de puro lirismo, el *Cantar* recuerda aquellos poemas de claro y corriente ritmo de los poetas franceses, narradores fáciles, abundantes, que pintaron la Edad Media sin fuego, con colores poco vivos, pero con correcto dibujo y gráfica expresión. Mas al llegar á los momentos culminantes, el poeta se eleva á las grandes alturas de la inspiración, de donde cantó un día las tradiciones más bellas de la patria.

Muchos pasajes excelentes se pudieran recordar; pero yo recomiendo sobre todo la descripción completa del *Bufón de Vidiago*, el retrato moral y físico de *Mariposa*, la vuelta de Fermín y su alucinación en el primer paseo que da por los lugares de sus recuerdos; al oír la voz de Mariperla en el fondo del *bufón*, el lector siente esos sublimes escalofríos que sólo causa la lectura de los grandes magos de las letras.

Pero, en mi humilde opinión, lo mejor de lo mejor es el mismo *Cantar del Romero*, modelo de imitación, ó mejor, asimilación y depuración de la poesía popular. Termino este insustancial artículo copiando esos versos impregnados del jugo poético de aquella tierra querida, versos que sólo pueden sentirse bien conociendo y amando aquellos parajes, aquella vida, aquellos cánticos, aquellas tradiciones... y leyendo lo que copio, en el mismo poema:

CANTAR DEL ROMERO

I

O vuelve, ó me muero
de afán y dolor.

Arriba brotan las flores
en las ramas del romero,
y Dios las da miel y olores:
del cielo tiene sabores
la miel del amor primero.

Adiós, dueño mío, flor de mis amores,
si allende los mares te vas, yo te espero
en tiempos mejores.

Ariba la flor,
abajo el romero,
la abeja en redor;
yo así darte quiero
la miel de mi amor.

¡Allende los mares ve en paz, que te espero!
¡Adiós, dueño mío; mas vuelve, ó me muero
de afán y dolor!

II

Te vas, y volver me juras;
no olvides tu juramento;
mas mira cómo procuras
cumplir lo que me aseguras,
no lo escribas en el viento.

¡Que Dios, dueño mío, te dé allí venturas!
¡Te vas y me dejas sin luz ni contento
llorándote á oscuras!
La abeja la flor
le chupa al romero
zumbando en redor;
yo así darte quiero
la miel de mi amor.

Si allende los mares te vas, yo te espero.
¡Adiós, dueño mío; mas vuelve, ó me muero
de afán y dolor!

III

Mas si todo se te olvida
¡sea lo que Dios disponga!
cuando yo pierda la vida,
que cuentas por mí te pida
la Virgen de Covadonga.

¡Adiós: y si un día por ti soy vendida,
que Dios de volverme la fe prometida
la pena te imponga!
La abeja la flor
le chupa al romero
zumbando en redor;

yo así darte quiero
la miel de mi amor.

Si allende los mares te vas, yo te espero;
¡Adiós, dueño mío; mas vuelve, ó me muero
de afán y dolor!

.....
Así se despide de nosotros la dulce poesía; cantando la fe del amor puro y resignado, ideal, en suma, por los labios de estas dos figuras graciosas, suaves, nobles, vigorosas: la *Carmela*, de Campoamor, y la *Marifina*, de Zorrilla.

Apresuráos, mis queridos compañeros en naturalismo, á oír á estos ancianos que evocan la fe *del amor primero*; ellos pintan la mujer con quien se sueña; vosotros la mujer con quien se duerme.



¡SEIS BOLAS NEGRAS!

SEIS bolas negras! Seis españoles, llamémoslos así, opinan que Zorrilla no merece 30.000 reales al año (1) como los que se le pagarán á tocateja á Tejada Valdosera el día, día feliz, que deje de ser ministro.

Es decir, que según esas seis bolas, símbolos de otros tantos padrastros de la patria, Zorrilla no ha prestado al país tantos servicios como Marfori, el marqués de Molins ó cualquiera otro Roca más ó menos Togores que haya sido ministro.

¿Qué creerán esos *bolas negras* que es un poeta, y qué creerán que son 30.000 reales?

¡Lástima que esos caballeros no tengan el valor de sus convicciones hasta el punto de atreverse á fundar su voto y firmarlo y darlo al público así!

(1) *Al fin* ya tiene Zorrilla la pensión; pero ¡no ha costado pocos sudores arrancársela á los padres de la patria!

¿Qué pueden alegar en favor de su opinión negra?
 ¿Que no saben leer, y que para ellos sobran los poetas que no cantan por la calle?

Eso no basta; porque otros muchos diputados habrá que no sepan leer, por lo menos con sentido y señalando las comas como es debido.

Mejor disculpa es la que se atribuye á uno de esos señores negros, que decía explicando su voto:

—Sí, señores, yo soy una de esas bolas... porque... francamente, eso de pagarle el pupilaje en Londres á un revolucionario como Zorrilla, no me hace gracia.

Hay quien dice que otro de los que votaron en contra, otro de los tiznados, fué el marqués de Pidal; pero es claro que esos son dicharachos, y no hay fundamento que históricamente dé fuerza á semejante atrevida conjetura.

Yo me apresuro á decir que no sé si fué ó no; que creo que no puede haber pruebas de que haya sido, y que me guardaré muy bien de suponerlo.

Pero ello es que los que presumen que fué él, dicen, y mienten seguramente, que exclamaba:

—¿Zorrillal ¡Bah, bahl ¡Si fuera el P. Mir!

—O yo, añaden que interrumpió Cánovas.

Cánovas habrá votado con bola blanca, pero en el *forro interior*, que diría el otro, de fijo le pareció una delicada atención para con su lira el voto oscuro de los seis incógnitos.

—Señores—gritaba un ministerial;—yo creo que

Zorrilla merece la pensión; pero es una injusticia que aquí se den pensiones, ni se celebren centenarios, ni banquetes, ni nada, en honor de bicho viviente ó difunto, mientras la patria agradecida y enamorada, no tribute al cantor de Elisa la apoteosis que merece.

—¿Pero qué le parece á usted que merece Cánovas? ¿qué le daremos?—le preguntaban.

—Qué sé yo... algo así... como... la luz del Tábor; eso es, una aureola de luz eléctrica, unos cuernos luminosos, como los de Moisés... en fin, algo muy reluciente.

—¿Le parece á usted que hagamos de él lo que la antigüedad con la cabellera de Berenice?

—Eso es, justo: ¡qué menos puede ser Cánovas que una constelación! ¡Elevémosle á la categoría de nebulosa!

Y Bosch, ó sea Bosquete, haciendo un colmo, diría:

—¡Si me convierten ustedes en estrella á Cánovas, no olvidar que sea de las dobles!

Otro de los *bolas negras*, que es mestizo, decía que él hubiera votado la pensión con mil amores, si fuera para D. Ceferino Suárez Bravo, alias Ovidio el Romo, autor de *Verdugo* y *sepulturero* y de un anteproyecto de ópera española, intitulada *Don Alvaro de Luna*, y además de una novela consumada que responde por *Guerra sin cuartel*.

Eso sí. Mientras las Cortes españolas no acaban de dar á Zorrilla, al gran poeta nacional, del que se ha-

blará todavía cuando no haya Cortes en el mundo ni casta de Torenos para presidir, ni campanillas; mientras este escándalo dan nuestros mandatarios, la Academia Española pierde el tiempo, que es oro, oyendo leer día tras día una novela de Ovidio el Romo, y en una sola votación decide premiarla con 20.000 reales.

Un novelista que va á pedir 20.000 reales á la Academia está juzgado... como hacendista; y una Academia que premia por sí y ante sí una novela de Ovidio el Romo, está también juzgada por esto y por el Diccionario y por Catalina, que era antes el último académico, y ahora es el penúltimo, gracias al marqués de Pidal, ese *non plus ultra*.

Pero no tergiversemos los académicos.

A los cuales un colaborador de *El Imparcial* les está demostrando que no saben lo que se *diccionarizan*.

Eso sí; mucho conde de Cheste, marqués de la Pezuela, ó al revés, ó no sé cómo, ni me importa, dignidad de Clavero Mayor (y no ha dado una en el clavo, tan viejo como es), individuo de la de los (¿en qué quedamos?) Arcades en Roma (como si hubiera Arcadia posible donde está Pezuela), socio preeminente de la de Buenas Letras de Sevilla... sí, sí, preeminente y promiscuante y protuberante y preecesidente y *Antiiii-Dante*.

Para definir á Cheste y á Molins, ese Roca Togores de apellido y Roca Tarpeya de la poesía, tiene el Diccionario de la Academia palabras, palabras, palabras;

y para definir á Dios no tiene más que éstas: «Nombre sagrado del Supremo Sér (por no decir Sér Supremo), criador del Universo (¡qué sabe usted!) que lo conserva y rige por su providencia...» ¡Vaya una teología ramplona! Y gracias que la Academia no hace á Dios *de la de los Arcades* de Roma.—¿Y qué más dice de Dios? A los dos renglones dice esto: «*Adiós con la colorada*, expresión familiar de que se usa para despedirse.»

Y vive Dios que no es verdad. *Adiós con la colorada* es una exclamación que se usa para manifestar que una cosa se ha echado á perder, ó que lo hecho ó dicho por alguien es una salida de tono ó de pie de banco. Así, por ejemplo, la Academia publica un Diccionario lleno de disparates, y el país exclama: «¡*Adiós con la colorada!*»

Y la *colorada* aquí es la Academia, que debe de estar como un tomate.

¿Si serán académicas las seis bolas negras del Congreso?